

la luna, del brazo, en un parque desierto, solo se decia las cosas más insignificantes del mundo. Quien les hubiese espiado se hubiera sorprendido de no oír más que conceptos vagos, reflexiones inútiles, preguntas y respuestas comunes. Pero si las palabras no vendían ningún misterio, el temblor de las voces, el acento conmovido, los silencios, los suspiros, el tono bajo y confidencial de la conversacion, daban á comprender las preocupaciones del alma.

El departamento de Yolanda, vecino al de la marquesa, miraba al parque, y como despues que sus camareras la hubieron desnudado la jóven mirase distraidamente á través de los cristales la luna brillar por encima de los corpulentos árboles, percibió en el terraplen á Isabel y á Sigognac que se paseaban sin más compañía que su sombra.

Cierto que la desdeñosa Yolanda, tan altiva como bella, no sentia más que desprecio por el pobre baron de Sigognac, delante de quien algunas veces, cuando salia á caza, pasaba como un deslumbramiento envuelta en un torbellino de luz y de estrépito, y á quien últimamente habia casi insultado; pero la contrarió verle al pié de su ventana, al lado de una jóven á la que sin duda hablaba de amor, pues no admitia que se pudiese así como así sacudir su servidumbre. Debíase morir silenciosamente por ella.

La castellana metióse en cama de muy mal humor y costóle algun trabajo dormirse; aquel amoroso grupo perseguia su imaginacion.

Sigognac acompañó á Isabel hasta su cuarto, y cuando iba á entrar en el suyo percibió al extremo del corredor un personaje misterioso envuelto en una capa cuyo embozo le subia hasta los ojos, que desaparecian bajo la sombra proyectada por las alas del sombrero, que le llegaba hasta el embozo, ocultando tan completamente sus facciones como si hubiese llevado carátula. Al ver á Isabel y al Barón, el desconocido se pegó cuanto pudo contra la pared; no era ninguno de los cómicos, retirados ya cada cual á su departa-

tamento. El Tirano era más alto, el Pedante más grueso, Leandro más esbelto; no tenia el aire ni del Intrigante ni de Matamoros, fácil de reconocer por otra parte por su excesiva delgadez que la anchura de capa alguna hubiera podido disimular.

No queriendo demostrar curiosidad ni interrumpir al desconocido, Sigognac se apresuró á franquear el umbral de su cuarto, no sin haber notado de paso que la puerta del de los tapices, donde se alojaba Zerbina, permanecia discretamente entreabierta, cual si aguardara un visitador que no queria ser oído.

Cuando el Barón estuvo encerrado en su departamento, un imperceptible ruido de pisadas y el débil ruido de un cerrojo echado con precaucion, le advirtieron que el rondador tan cuidadosamente embozado en su capa habia llegado á buen puerto.

Cerca de una hora despues, Leandro abrió muy poquito á poco la puerta de su aposento, paseó una mirada por el corredor para asegurarse de que este estaba desierto, y suspendiendo sus pasos como gitana que ejecuta la danza de los huevos, ganó la escalera, la descendió más ligero y más mudo en su marcha que los fantasmas errantes de los castillos abandonados, siguió á lo largo la sombra que proyectaba el muro, y se dirigió del lado del parque hácia un bosquecillo ó sala de verdor cuyo centro lo ocupaba una estatua del Amor discreto que tenia un dedo aplicado en la boca. En aquel sitio, sin duda designado de antemano, Leandro se detuvo y pareció aguardar.

Hemos dicho que el galán, interpretando favorablemente para él la sonrisa con que le habia pagado su saludo la marquesa, se habia atrevido á escribir á esta una carta que Juana la camarera, seducida por algunas pistolas, debia colocar á hurtadillas encima del tocador de su ama.

Aquel billete estaba concebido en los siguientes términos, y lo trasladamos aquí para dar una idea del estilo que em-

pleaba Leandro al dirigirse á las damas de elevada clase, en lo que, según él, sobresalía:

«Señora, ó más bien diosa de hermosura: culpád sólo á vuestros incomparables encantos de la desventura que atraen sobre vos. Ellos, por su brillo, me fuerzan á salir de la sombra donde hubiera yo debido permanecer sepultado, y á acercarme á su luz, al igual que los delfines suben del fondo á la superficie del océano á la claridad que arrojan las fogatas de los pescadores, aunque deban perecer, sin piedad, víctimas de los agudos dardos de los arpones. Sé perfectamente que enrojeceré las ondas con mi sangre, pero como también sé que no puedo vivir, morir me es igual. Es singular audacia tener la pretension, reservada á los semidioses, de recibir cuanto ménos de vuestras manos el fatal golpe. Me atrevo á ello, pues estando desesperado de antemano, no puede sobrevenirme nada peor, y prefiero vuestro enojo á vuestro desprecio ó desden. Para dar el golpe de gracia, es preciso mirar á la víctima, y tendré, al espirar bajo el peso de vuestras crueldades, la soberana dulzura de haber sido mirado. Sí, yo os amo, señora, y si amaros es un crimen, no me arrepiento de él. Dios sufre que se le adore; las estrellas soportan la admiración del más humilde pastor. La suerte reservada á las perfecciones acabadas como la vuestra es no poder ser amadas sino por inferiores, pues no tienen igual en la tierra: apenas si en los cielos. ¡Ay! yo no soy más que un pobre cómico de la legua, pero aun cuando fuese duque ó príncipe, colmado de los dones todos de la fortuna, mi cabeza no alcanzaria más que á vuestros piés y habria entre vuestro esplendor y mi nada la distancia de la cima al abismo. Para levantar un corazón, siempre debereis bajaros. El mio es, me atrevo á decirlo, señora, tan altivo como tierno, y quien no lo rechaze encontrará en él el amor más ardiente, la delicadeza más acabada, el más absoluto respeto, y una fidelidad sin límites. Por otra parte, si tal felicidad llenara mi alma, vuestra indulgencia no descenderia

quizás tan abajo como imagináis. Bien que reducido por el destino adverso y el rencor envidioso de un grande al extremo de tener que ocultarme en el teatro bajo el disfraz de los papeles que represento, no es mi cuna de aquellas que hagan subir los colores al rostro. Si yo me atreviese á romper el secreto que razones de Estado me imponen, veríase que circula por mis venas sangre por más de un concepto ilustre. Quien me amase no se rebajaria. Pero he dicho ya demasiado. Yo no seré nunca sino el más humilde y el más sumiso de vuestros servidores, aun en el momento en que, por uno de esos reconocimientos que desenlazan las tragedias, todos me saludasen como hijo de rey. Un signo vuestro, el más ligero, hágame comprender que mi atrevimiento no ha excitado en vos una cólera demasiado desdeñosa, y espiraré sin sentimiento, al fuego de vuestros bellos ojos, sobre la hoguera de mi amor.»

¿Qué hubiera contestado la marquesa á esta ardiente epístola, que quizás habia servido muchas veces? Para saberlo seria preciso conocer á fondo el corazón femenino. Por desgracia, la carta no llegó á su destino. Apasionado por las damas de elevada clase, Leandro miraba con desden á las doncellas, para quienes no tenia la menor galantería; en lo que andaba desacertado, pues estas tienen mucho ascendiente en el ánimo de sus señoras. Si las pistolas hubiesen sido apoyadas con algunos requiebros y sonrisas, Juana, satisfecha en su amor propio de mujer, que bien puede compararse al de una reina, hubiera desempeñado su encargo con más celo y fidelidad.

Llevando pues Juana con marcado abandono la carta en la mano, acertó á pasar el marqués, quien le preguntó por puro cumplimento, pues por naturaleza no era marido curioso, qué papel era aquel que de aquella manera llevaba.

—¡Oh! no vale la pena, —respondió la doncella, — una misiva del señor Leandro á mi señora la marquesa.

—¡De Leandro, el galán de la compañía, el que hacia de

amante en las *Bravatas del capitán Matamoros!* ¿Qué puede escribir á mi mujer? Sin duda le pide alguna gratificación.

—No lo creo yo así,—esclamó la rencorosa doncella;—al entregarme este billete amoroso, el señor Leandro daba suspiros y ponía los ojos en blanco como amante que se desmaya.

—Dame esta carta,—dijo el marqués,—yo contestaré. No digas de eso palabra á la marquesa. Esos saltimbanquis son á veces impertinentes, y, envalentonados por la indulgencia que uno usa para con ellos, no saben tenerse á raya.

En efecto, el marqués, que era hombre que gustaba de divertirse, contestó á Leandro en el mismo estilo, sobre papel almizelado, que selló con lacre perfumado en el que estampó un blason cualquiera, para mejor entretener al pobre diablo en sus manías amorosas.

Cuando Leandro volvió á su cuarto despues de la representacion, encontró sobre la mesa, en el sitio más visible, un pliego colocado por misteriosa mano y que llevaba esta inscripcion: «Al señor Leandro.» Lo abrió tembloroso de dicha el cómico, y leyó lo que sigue:

«Como decís muy bien para mi tranquilidad, las diosas solo pueden amar á los mortales. A las once, cuando todo dormirá en la tierra, sin temor á la indiscrecion de mirada humana, Diana abandonará los cielos y descenderá al encuentro del pastor Endimion! Pero el punto elegido no será la cima del monte Latmus, sino el parque, al pié de la estatua del Amor discreto donde el hermoso pastor pondrá todo su empeño en dormirse para no alarmar el pudor de la inmortal, que se aparecerá sin su cortejo de ninfas, envuelta en una nube y despojada de sus rayos de plata.»

Calcule el curioso lector la loca alegría que inundó el corazón de Leandro al leer este billete, que traspasaba los límites de sus más vanidosas esperanzas. Esparció por su capellera y manos un tarro de esencia, máscó un pedazo de mácis para tener fresco el aliento, se limpió la dentadura, retorció los extremos de sus bucles para que conservasen me-

jor el rizado, y se dirigió al parque, al sitio indicado, donde, para contar lo dicho, le hemos dejado de planton.

La fiebre de la espectacion y la frescura de la noche le causaban estremecimientos nerviosos. La caída de una hoja le hacia temblar, y al menor susurro aguzaba un oído ejercitado á coger al vuelo el murmullo de un soplo. La arena, al crujir bajo sus piés, le parecia producir un estrépito enorme que debian oír desde el castillo. A pesar suyo, el horror sagrado de los bosques se apoderaba de él y los corpulentos negros árboles turbaban su imaginacion. No tenia miedo precisamente, pero sus ideas tomaban un vuelo asaz lúgubre. La marquesa se hacia esperar un poco, y Diana dejaba demasiado tiempo á Endimion de patitas en la humedad. De pronto le pareció haber oído crujir una rama seca bajo un pié regularmente pesado. No podia ser el de la diosa, pues estas deidades se deslizan sobre un rayo de luz, y tocan el suelo sin doblegar el tallo de una yerba.

—Si la marquesa no se apresura á venir, en vez de un galán lleno de ardor, no encontrará más que un enamorado aterido,—pensaba Leandro;—esas espectaciones en las que uno se constipa de nada aprovechan á las proezas de Citerea.

Aquí llegaba de sus reflexiones el cómico, cuando cuatro sombras compactas, saliendo de entre los árboles y de detrás del pedestal de la estatua, se dirigieron hácia él con ademan resuelto. Dos de estas sombras que eran los cuerpos de grandes tunantes, lacayos al servicio del marqués de Bruyeres, cogieron al actor por los brazos, y se los sugetaron como á los cautivos á quienes se quiere atar, y los otros se pusieron á apalearle acompasadamente. Los golpes resonaban sobre las espaldas del infeliz como sobre el yunque los martillos. No queriendo con sus gritos atraer gente y dar á conocer su desventura, el pobre azotado soportó con heroicidad el dolor

que le produjo el vapuleo. Mucio Scévola no demostró más presencia de ánimo con la mano en el brasero, que Leandro bajo el palo.

Dado fin al castigo, los cuatro verdugos soltaron á su víctima, le hicieron una profunda reverencia y se retiraron sin haber dicho esta boca es mía.

¡Qué vergonzosa caída! Ícaro al precipitarse de lo alto del cielo no la dió más profunda. Contusionado, roto, molido, Leandro, pianpian, ganó el castillo encorvando la espalda y tentándose las costillas; pero era tan grande su vanidad, que no se le ocurrió por un momento siquiera la idea de una mistificación. Su amor propio encontraba más expedito dar á la aventura un giro trágico. Para él era incontestable que la marquesa, aeechada por un marido celoso, habia sido seguida, detenida antes de llegar al lugar de la cita, y obligada, con el puñal á la garganta, á confesarlo todo. Representósele de rodillas, suelto el cabello, pidiendo gracia al marqués enfurecido por la cólera, llorando hilo á hilo y prometiendo oponer en adelante mayor resistencia á los rebatos de su corazón. A pesar de encontrarse derrengado y molido, Leandro compadecía á la marquesa por haberse metido por su causa en semejante peligro, no sospechando ni un instante que la noble dama ignoraba por completo la historia y descansaba, mientras él recibía la de palos, muy tranquilamente entre sábanas de Holanda, calentadas con madera de sándalo y perfumadas con canela quemada.

Al atravesar el corredor, Leandro se vió contrariado por la presencia del Intrigante cuya cabeza, animada por burlona sonrisa, se dejaba ver por entre la entreabierta puerta de su cuarto. Irguióse cuanto pudo el galán para disimular, pero el malicioso cómico no tragó el anzuelo.

El día siguiente, la compañía hizo sus preparativos de mar-

cha. Abandonóse la carreta de bueyes por demasiado lenta, y el Tirano, liberalmente pagado por el marqués, alquiló una mayor tirada por cuatro caballos para conducir la compañía y sus bagages. Leandro y Zerbina se levantaron tarde, por razones que no hay necesidad de indicar, sólo que uno tenía el semblante doliente y lastimoso, aunque intentaba hacer de tripas corazón; la otra irradiaba de ambición satisfecha. Dábase además mucho tono ante sus compañeros, y la Dueña, síntoma grave, se acercó á ella con una obsequiosidad embelecadora que jamás le habia demostrado.

El Intrigante, á quien nada le pasaba por alto, notó que la maleta de Zerbina por algun sortilegio mágico pesaba el doble. Serafina se mordía los labios murmurando palabras que la Doncella fingió no oír, contenta de la humillación de la gran coqueta.

\*  
\*\*

Por fin conmovióse la carreta, y abandonaron el hospitalario castillo de Bruyeres, con sentimiento de todos, excepto de Leandro.

El Tirano pensaba en las pistolas que habia recibido; el Pedante, en los excelentes vinos de los que se habia abrevado á sus anchas; Matamoros, en los aplausos que se le habian prodigado; Zerbina, en las piezas de tafetan, en los collares de oro y otros regalos; Sigognac é Isabel no pensaban más que en su amor, y, contentos de hallarse uno al lado del otro, ni aun volvieron la cabeza para dirigir una postrer mirada á los azulados tejados y á las rojizas paredes del castillo.